

porque entonces se estrenaba
 mi contrabajo y su tiple;
 cuando al doblar una calle
 de repente nos embisten
 dos damas de muy buen garbo,
 con verdugado y chapines.
 Á dos agudas razones
 que las dijimos, se rinden,
 aunque un doblón que iba entre ellas
 de las razones se ríe.
 Estaba clara la luna,
 encarando al que la rige
 con luz más clara y serena
 que el sol de quien la recibe.
 No había con nuestras damas
 remedio de descubrirse,
 aunque entre muchos requiebros
 estas razones les dije:
 —Quiere el cielo que alabemos,
 divinos rostros gentiles,
 la belleza con que os hizo
 en la tierra serafines:
 no está él menos ofendido
 que nosotros infelices,
 en que queráis con el manto
 dos soles suyos se eclipsen.—
 No debieron de entenderme;
 porque con risa increíble
 preguntaron si era zote
 que las hablaba latines.
 Así los tiernos requiebros
 que allí no podían servirme;
 los troqué en estas injurias
 lisonjeras, convenientes.
 —Vuestas mercedes son tuertas
 más que el gigante de Ulises:

si no más tuertas, más necias;
 si no necias, insufribles.
 Si encubrirse es damera,
 desengañolas, que sirve
 más há de un año en galera
 por otro tanto el melindre.—
 Entonces la de mi amigo,
 desenvuelta, alegre y libre,
 nos descubrió un rostro digno
 que el más hermoso lo envidie.
 Mostróme unos ojos negros,
 graves en extremo y libres,
 de dulce contemplación,
 hermosos y señoriles.
 Una boca, chica era,
 que con un piñón se mide,
 segura de que haya otra
 que así enamore y captive.
 Yo viéndola, sin respeto
 de que era agena, la dije:
 —Amor haga que en mi cama
 siempre estas pulgas habiten.—
 Volvíme para la mía,
 deshecha en celos de oirme,
 y quedé en hora menguada,
 que siempre me martirice;
 porque descubrió un cabello
 del color que el papel tiñe,
 con quien el mismo azabache,
 de vencido, no compite,
 y unos ojos repulgados,
 tan pequeños y ruines,
 que no viera si eran ojos,
 no los teniendo de lince.
 Daba á la sumida boca
 oscuro sepulcro y triste

la barba, que procuraba
juntarse con las narices ;
los dientes tenían vergüenza,
por ser pocos, de reirse,
y por no tener más blanco
que el blanco que los divide.
Perdí el color de soldado
y los humos juveniles :
pegáronseme á la tierra
los piés y los borceguies,
que no me meneara un carro
tirado de cien rocines ;
y así dije : — ¡ Justo cielo,
que tales caras permites ! —
Ella respondió diciendo :
— Mi bien, no te escandalices,
ni se te atrevan congojas,
ni con ellas me lastimes ;
no hagas toda la cuenta
de las pasiones visibles :
mira las prendas del alma,
y juro nunca me olvides. —
La voz con que esto decía
era de gozque que gime, *pero ladrón,*
y para que un hombre honrado
se arrojara en un aljibe.
Yo la respondí : — Mi cielo,
señora, no os maraville,
que no puede tener honra
quien de aquesto no se aflige :
no soy nacido entre sierras,
ni entre osos ó jabalies,
ni tigres me dieron leche,
para que acometa á un tigre :
nacé entre padres cristianos
y entre regalos sutiles,

y no he hecho al Rey traición
para que así me castigue. —
Esto le dije, y huyendo
la calle abajo me vine,
porque para responderme
comenzaba á apercibirse.

X X

(Anónimo)

Una bella casadilla
que apenas tiene quince años,
que quitalla de jugar
con las niñas fué pecado;
y por ponerse chapines,
cuello de dama alzacuello y verdugado, *anuncio para ahuecar rayas*
sin saber lo que hacía
dió á su marido la mano;
y después á las muchachas
que vivían en su barrio
les mostraba muy contenta
las joyas que le había dado;
acabado el pan de boda
volvióse de espaldas marzo,
y hallóse la cuitadilla
esclava de un sucio trasgo.
Era el marido celoso,
y más que celoso, avaro;
y cuál era su figura
miradlo en este retrato.
El cabello ya tordillo,
muy cerca de cincuenta años;
tan lampiño, que aun apenas
le señalan los mostachos;

menos de un dedo de frente,
 con arrugas de reclamo;
 los dientes muy amarillos,
 distintos y descarnados;
 muy pródigo de nariz,
 y los ojos ribeteados;
 tan delgado, que el estrecho
 de Gibraltar fué llamado.
 Condenado á tos perpetua,
 depósito del catarro,
 y más ronco que un ternero
 pronóstico de su daño.
 Y con esto, el bellacón
 era tan desvergonzado,
 que por cualquier niñería
 jugaba triunfo de bastos.
 Esta niña había una tía,
 mujer de tocas y manto,
 gran matrona de consejo
 y de muy grueso rosario.
 Con lágrimas de sus ojos
 á ésta se está quejando
 de la vida en que padece
 tan insufrible trabajo.
 Aquella tan sabia vieja,
 que no fué Catón tan sabio,
 del archivo de su pecho
 así la está aconsejando:
 —Hija, mudar condiciones
 es negocio muy pesado,
 y más si tienen raíces
 echadas de algunos años:
 lo que hacen los prudentes
 es buscar algún reparo:
 hazlo, juega á dos espadas,
 pues te ha dado Dios dos manos.

Busca, niña, quien te quiera,
 que mil te estarán rogando;
 que bien puedes sin peligro,
 si te riges con recato.
 Proveyó naturaleza
 que los animales bravos,
 porque no vean sus cuernos,
 tengan los ojos debajo.
 Pues ¿cuánto menos podrán
 ver los suyos los humanos,
 que como son invisibles,
 no se tocan con las manos?—
 No le pareció el consejo
 á la casadilla malo,
 resoluta de pasar
 de espaldas la mar á nado.
 Pero aquella misma noche
 el marido adivinando,
 le castigó la intención,
 aunque fué para su daño;
 que mientras la sacudía,
 ó fuese adrede, ó acaso,
 le ayudaron de la calle
 esta letrilla cantando:
 «Ayúdame á sembrar cuernos,
 »mientras que se piden celos.»

XI

(Anónimo)

Pacíficos amadores,
 los que á las doce y la una
 en las esquinas parados
 parecéis aves nocturnas;

los que parecéis pintados,
 los que os adornáis de plumas,
 los que os preciáis de galanes
 y mártires de cintura;
 los que por una palabra
 os acostáis á la una,
 pareciendo á la mañana
 que os han espantado brujas;
 los que os armáis de paciencia
 á resistir una pluvia
 que capa y jubón os pasa,
 no dejando cosa enjuta;
 los que tenéis el ingenio
 como conchas de tortuga,
 para forjar necedades,
 agudos como una aguja:
 á vosotros vos encargo
 un árbol que no da fruta,
 hasta que á fuerza de brazos
 le despojáis de la oruga.
 Una tierna niña es,
 que ayer salió de una cuna,
 y sabe ya más maldades
 que la traidora Aretusa:
 es botica de invenciones
 con que á vosotros os purga,
 archivo de falsedades,
 aduana de la luna.
 Amarga su trato doble
 como la verde aceituna,
 y sus palabras taimadas
 son más dulces que el azúcar.
 Vosotros la alcanzaréis
 con una flema importuna,
 que á mí me ha dado dentera,
 como no estaba madura;

que yo, como me crié
 con el doctor Covarrubias,
 de siete leguas columbro
 lo que ella no ve de una.
 Éste me dió una lición
 que entre las otras relumbra,
 digna de inmortal memoria,
 y diréla si me escuchan.
 Que quiera más que mis ojos
 la que fuere blanca y rubia,
 y que no me aparte de ella
 hasta que pida *plus ultra*:
 que nunca ponga los ojos
 en cortesanas astutas,
 que con melosas palabras
 el dinero nos usurpan;
 y si yo lo quebrantare,
 que de viruelas me cubra,
 y que en verano me maten
 chinches, mosquitos y pulgas.
 Y así, señores, yo quiero
 pescar á bragas enjutas,
 y dejar costosos gustos
 y andar á mis aventuras.

XII

(Anónimo)

Cierta dama cortesana,
 de las de arandela y toldo, *es de la encañonada y punto*
 de las de buen talle y pico,
 y pícara sobre todo,
 picóla con sus saetas
 Amor, de amores de un mozo,

más que Narciso galán,
y más que galán celoso.
Gozó d'ella algunos días,
sin pechar, que no fué poco;
porque es la primer franqueza
que en sus archivos conozco.
Cobróla el ninfo afición,
y puso su bolsa en cobro;
porque con sola su gala
pensó conquistallo todo.
Pidióla celos un día,
y á vueltas del alboroto,
algo enojado el galán,
la dió un puntapié en el rostro.
Ella, que nunca había visto
semejantes terremotos
en el cielo de su cara,
tocó á nublo y conjurólos;
y fué la conjuración,
que en yéndose, de allí á un poco
le escribió aqueste papel,
de que yo doy testimonio:
«Deje celosas sospechas,
»que vive Dios que es un tonto
»quien, no dando todo el gasto,
»no piensa pasar por todo.
»Huélguese, pues que le dejan,
»y juegue, pues vamos horros,
»y aunque encuentre mil encuentros,
»no me baraje uno solo;
»y sepa vuestra merced
»que calzo, que visto y como
»á costa de mis costillas,
»por ser tan flacos sus lomos;
»y entienda que es necesidad
»pretender con sus adornos,

»no siendo marqués del Gasto,
»ser conde de Puñoenrostro:
»sepa que ya con las damas
»un metal que llaman oro
»es el discreto, el galán,
»el gentilhombre, el gracioso.
»Por este metal que digo
»habla el mudo y anda el cojo,
»alcanza el que está sin brazos,
»y es de pluma el que es de plomo;
»por aqueste, hábitos verdes,
»y descendientes de godos,
»dan su lado á quien los tiene
»en campo amarillo rojos:
»por este amable metal
»en maridable consorcio,
»de bien diferentes sangres
»he visto yo hacer *mondongo*; *intestinos*
»por éste arbola bandera
»quien en su vida vió moro,
»ni sabe qué es centinela,
»rebellín, trinchera ó foso.
»Da varas sin ser juez,
»y cátedras sin ser docto,
»y si quiere hará verdad
»de Ovidio Metamorfosios.
»Pues si éste, por quien se alcanza
»cualquiera premio dichoso,
»á vuesa merced le falta,
»y yo en el mundo no sobro,
»¿por qué se mete en honduras
»adonde el mar es tan hondo,
»que suele anegarse en él
»un hombre, aunque sea de corcho?
»Con las damas de este tiempo
»es muy sabido negocio